

Actores directos de alfabetización: el profesorado

(Mesa redonda 2: Los menores como objetivo de la alfabetización mediática.)

Diego Sevilla Merino.
Universidad de Granada

Quiero iniciar mi participación en esta Mesa Redonda felicitando al Consejo Audiovisual de Andalucía por una iniciativa tan oportuna como esta Jornada sobre Alfabetización Mediática y Menores y agradeciendo al Consejo Escolar de Andalucía que me haya elegido para participar en ella a fin de trasladar mi visión de las cuestiones relacionadas con el profesorado como actor directo de alfabetización mediática.

Entiendo que podrían abordarse fundamentalmente cuatro puntos. En el primero destacaríamos el papel del profesorado como educador y no como mero enseñante; en el segundo profundizaríamos en el sentido de la alfabetización y la relacionaríamos con la educación; en el tercero mostraríamos como niños y adolescentes actuales están inmersos ya en una cultura mediática; y finalmente analizaríamos los cambios que se imponen en las funciones del profesorado y, en especial, respecto a la alfabetización mediática.

1. El profesorado como educador, no sólo como *enseñante*.

El profesorado es el principal responsable de la educación escolar. A lo largo de la Edad Contemporánea, ante la complejidad creciente de las sociedades y la necesidad de dar una formación específica que completase la influencia de la familia y de la sociedad, surgen los sistemas educativos y con ellos una profesión, la de maestro-profesor, profesión que, si ya existía antes, con la escolarización masiva adquirirá nuevo rango y fisonomía. Su función es la de ayudar a niños y adolescentes a adquirir, en un ambiente determinado (el aula, el centro educativo), una serie de conocimientos y hábitos con los que se integrarán mejor laboral y socialmente.

Por su formación, que básica y lamentablemente se reduce a adquirir conocimientos, el profesorado ha tendido a limitarse a transmitir, a escala de infancia y adolescencia, esos mismos conocimientos recibidos por él dejando al ambiente, al esfuerzo y a la disciplina que llevasen a cabo el resto de la formación.



Sin embargo, de una parte, siempre las personas que mejor han instruido han empapado su enseñanza de valores humanos de modo que conseguían de su alumnado no sólo que supiese más, sino que ese saber le ayudase a asumir valores y a desarrollarse como persona; de otra, en sociedades en constante evolución se impone con una exigencia cada vez mayor que la formación sea versátil y ello obliga a requerir que los centros educativos se responsabilicen de una formación centrada en el desarrollo de las capacidades y cualidades de las personas más que en la adquisición de conocimientos.

Por lo tanto, que un Ministerio haya pasado de llamarse 'de Instrucción Pública y Bellas Artes' a 'de Educación'; que 'Jardín de la Infancia', 'Primera Enseñanza' y 'Enseñanzas Medias' hayan dado lugar legalmente a 'Educación Infantil', 'Educación Primaria' y 'Educación Secundaria' no son sólo cambios caprichosos de palabras sino el deseo y hasta la necesidad de que se transformen los centros en orden a tener como objetivo fundamental la educación y no la mera instrucción y, consecuentemente, que el profesorado asuma como su función principal la educación y no se limite a la mera instrucción.

2. Alfabetización y educación

Es algo generalmente admitido que la alfabetización va más allá del mero dominio de un proceso casi mecánico que se reduce a reconocer grafías, a distinguir sílabas, a leer palabras y frases comprendiendo, al menos, su significado elemental. Todos, lectoras y lectores, somos ya conscientes de que *aprender a leer es una tarea que no se termina nunca*, que a medida que nos dedicamos más a esta actividad logramos dotarla de un mayor sentido y capacidad de influirnos y llevarnos a diálogos y soliloquios con mayor influencia en nuestras vidas. Y es que la alfabetización, la capacidad de comunicación activa y pasiva a través de la escritura, es una de las actividades más humanizadoras de las que se ha dotado nuestra cultura.

La UNESCO, comprometida como está con la tarea de combatir el analfabetismo, ha elaborado abundantes textos en los que destaca la importancia de la alfabetización:

"La alfabetización es mucho más que saber leer y escribir, es cómo nos comunicamos en la sociedad. Tiene que ver con las prácticas y relaciones sociales, con el conocimiento, el idioma y la cultura. La alfabetización se adentra en muchos aspectos de la vida. La alfabetización abre oportunidades de aprender, encontrar un mejor empleo y recibir remuneraciones más altas. La alfabetización también repercute en la condición social, la participación política, la expresión cultural, la supervivencia lingüística, el acceso a la atención de la salud y la prestación eficaz de servicios sociales, entre otras cosas. La alfabetización amplía las



oportunidades del individuo y su capacidad de participar en forma significativa en todos los aspectos de la vida; el analfabetismo reduce las oportunidades y limita la capacidad de participar de forma significativa en todos los aspectos de la vida."

Incluso nos invita a que nos pongamos en el lugar de la persona analfabeta para comprender lo que supone la alfabetización:

"Aquellos que usan la alfabetización la dan por sentada, pero aquellos que no pueden usarla son excluidos de mucha de la comunicación del mundo actual. Ciertamente es el excluido quien mejor puede apreciar el concepto de alfabetización como libertad."

Y es que la alfabetización supone, en primer lugar, dotar a la persona de uno de los instrumentos más válidos y poderosos de cuantos puede adquirir. Por eso la UNESCO insiste en todas las posibilidades sociales y laborales que a las personas les llegan con la alfabetización. Una persona alfabetizada es una persona que tiene más poder, que tiene más libertad. Pero hay un segundo aspecto que quisiéramos destacar aquí por su importancia: alfabetizar a una persona es ponerla en otra dimensión humana, en una dimensión donde ella misma, con creciente autonomía, puede avanzar y profundizar en su desarrollo. Ahora bien, se trata de alfabetizar de verdad. No sólo de convertir en fonemas grafías y viceversa, sino de hacer de ella un medio de comunicación que conecta con la totalidad de la persona: inteligencia, sentimiento, deseo y, especialmente, autonomía. Esa es la verdadera alfabetización aunque, a menudo, en las escuelas nos limitemos a esa alfabetización superficial y dejemos a las personas que recorran --o no-- el camino de avanzar y profundizar en ella.

3. La infancia y adolescencia actuales y su inmersión en una cultura mediática

Cuando observamos las culturas que predominan en la infancia y adolescencia actuales, comprobamos que están enormemente influidas por los nuevos medios de información y comunicación. Y, si nos preguntamos qué hay en esa vida mediática que tiene tanto atractivo como para zambullirse y entregarse a ella como lo hacen niños y adolescentes actuales, hay unas primeras respuestas que insisten en el valor de la novedad y de la ruptura tan importantes en algunas etapas de la vida (es *su* mundo frente al de los mayores, los padres, la escuela, el profesorado); también encontramos otro tipo de respuestas que subrayan el hedonismo, el escapismo, la inmediatez, la comodidad que asociamos a esos medios. Reconozcamos que se trata de un mundo enormemente atractivo para niños y adolescentes, un mundo donde todo es fácil, que ofrece tanto que puedes elegir lo que quieras y en el que no se encuentran las pegadas y contrariedades que afrontamos en la realidad.



Si profundizamos un poco más, nos daremos cuenta de que también se manifiesta en la adhesión de niños y jóvenes a los nuevos medios el choque cultural entre modernidad, una cultura más próxima a nosotros, y posmodernidad, más próxima a ellos; más aún, subrayaremos que mientras la escuela es un producto típico de la modernidad, la cultura mediática actual está impregnada de las características más típicas de la posmodernidad. Así, si establecemos dos columnas y en una ponemos los rasgos con los que se identifica la escuela tradicional y en la otra sus contrarios, veremos la confluencia entre los rasgos posmodernos, la nueva cultura mediática y los valores de gran parte de la infancia, adolescencia y juventud de nuestras sociedades:

ESCUELA TRADICIONAL	CULTURA POSMODERNA MEDIÁTICA
Prevalencia de lo lógico, lo racional	Prevalencia de lo emocional, los sentimientos
Relaciones verticales	Relaciones horizontales
Prevalencia de lo colectivo, de lo uniforme	Prevalencia de lo individual, de lo diverso
Disciplina, orden, control	Libertad, espontaneidad
Contenidos tomados de lo académico	Es la vida cotidiana la que atrae el interés
Saberes reglados, establecidos, controlados con exámenes	Curiosidad por lo presente, lo inmediato que se expresará con autonomía y libertad
Sometimiento a un proyecto, importancia del futuro, preterición de la satisfacción	Presentismo, aceptación de los deseos de forma inmediata

La consecuencia es un problema escolar que pediría que no nos conformásemos con situarlo en una difícil cohabitación sino que reclama que la escuela opte por una verdadera alfabetización no limitada a una cultura (oral, escrita, mediática)



sino que supusiera una suma de alfabetizaciones y no una oposición entre ellas. Así, aunque muy limitada, sigue existiendo la cultura oral y además con un enorme potencial que debería encontrar un espacio más amplio en la educación escolar. También creemos que nunca dejará de tener valor la cultura escrita y posiblemente el peligro es que sus funciones y valores específicos queden reservados a una minoría que continúe apreciándola y se esfuerce en dominarla. Pero si educamos para el futuro --y no podemos hacerlo de otro modo pues sería mucha ceguera no tener en cuenta que quienes están en la escuela hoy se incorporarán no a la sociedad de hoy, sino a la que existirá dentro de diez o veinte años-- hemos de ser conscientes que quienes llenan las aulas ya viven en los medios como en una pecera, que ya los medios forman parte de su ambiente natural. No se trata por tanto de negar la realidad sino de asumirla desde la escuela. Los medios deben ser admitidos como lo que son: agentes que influyen en la manera en la que niños y adolescentes comprenden y se relacionan con el mundo. Ocupan un lugar privilegiado en las actividades recreativas y son los responsables, en gran medida, de su iniciación a la vida adulta. Por eso una formación en medios siempre debería ser una vía de entrada a la cultura y a la comprensión del mundo. Y es una tarea que corresponde asumir al profesorado.

4. El profesorado y la alfabetización mediática

De lo expuesto podríamos llegar a formular algunos comentarios respecto a la función del profesorado en relación con la alfabetización mediática y comentar la problemática que suscita.

Y lo primero que destacaríamos es la **importancia de la labor del profesorado**. Una cosa es manejar los nuevos medios y otra muy diferente dominarlos, saber hacer de ellos un instrumento para nuestro enriquecimiento personal. Y si somos sinceros reconoceremos que hay tareas que o se hacen en la etapa escolar y dirigidas por el profesorado o no se harán nunca. Más aún, si tenemos conciencia social privilegiaremos esta tarea con los alumnos y alumnas que no tendrán otra formación que la que reciban en su período de escolarización obligatoria.

En segundo lugar, subrayaríamos las **tareas** que en relación con los medios correspondería realizar al profesorado:

- a) *Protección*. Suena a paternalismo pero es que también es necesario que acompañar *paternal y maternalmente* a niños y adolescentes precisamente por su incompleta madurez y por las características que tienen los actuales medios



de información y comunicación. Los medios se prestan a usos indebidos, a situaciones de indefensión, de debilidad frente a su poder por parte de quienes creen ingenuamente que se pueden valer de ellos; incluso hay que advertirles frente a un olvido del valor de la privacidad, de la necesidad de no quedarse en actitudes narcisistas, de subyugación y hasta de adicción respecto a la comunicación.

- b) *Conocimiento y aprendizaje.* Los medios adquieren una importancia cada vez mayor en nuestras sociedades. Por eso supondría una laguna en la formación básica encomendada a la escolarización que se terminase este período sin haber aprendido a funcionar con los medios de información y comunicación actuales.
- c) *Fomentar y ejercitar una actitud crítica-reflexiva.* El peligro en el aprendizaje de los medios está en limitarse a los aspectos técnicos o tecnológicos. De lo que se trata es de evitar saber utilizarlos sin ser conscientes de cuanto se encierra en ellos y se trasmite a través de ellos. Hace falta desvelar, revelar cómo los medios influyen en nosotros y juegan un gran papel en la construcción de la realidad que predomina en una sociedad. Precisamente porque son medios tienen la posibilidad de organizar y estructurar de acuerdo con los intereses de quienes los manejan las ideas y actitudes predominantes en una sociedad. El responsable del canal televisivo de Murdoch en Florida se ha atrevido a expresarlo con toda claridad: "Las noticias serán lo que digamos que son noticias". De la primigenia actitud del periodismo (los hechos son sagrados y las opiniones son libres) hemos pasado a otra muy distinta: las opiniones son sagradas y ya se seleccionarán y organizarán los hechos en función de ellas). Por eso, salvaguardar la libertad y autonomía de las futuras personas y sociedades pasa por conseguir que niños y adolescentes adquieran capacidades y hábitos que les permitan tanto *deconstruir* como construir mensajes mediáticos, que les permitan comprenderlos en su contexto, intencionalidad y significado social, político, económico, estético. Es decir, que no se limiten a consumir de manera acrítica e ingenua todo lo que les llega a través de los medios ni se conviertan en meros espectadores o juguetes de ellos.
- d) *Realizar una pedagogía mediática orientada a la acción.* Entre los objetivos fundamentales de la educación actual está el de arraigar en niños y adolescentes un comportamiento activo y creativo con todo tipo de tecnologías informativas y comunicativas, el de conseguir la mayor *competencia mediática*.

En tercer lugar, nos plantearíamos el **lugar de los nuevos medios en los centros educativos**. A partir de lo que ha ocurrido con otros medios (cine, medios audiovisuales, televisión...) estamos en condiciones de imaginar las etapas que se darán. Hay una primera etapa de ignorancia total, como si no tuviera ningún sentido plantearse qué papel o utilidad podrían jugar dentro de la institución escolar. Se suele pasar a una segunda etapa en la que se usan los medios pero como *domesticándolos*, como sirviéndonos de ellos para hacer lo que siempre hemos hecho sólo que ahora, gracias a los medios, lo llevaremos a cabo de un modo más cómodo y eficaz.

En cuarto lugar, habría que plantearse realizar toda una *revolución* educativa y en ese caso, examinaríamos cómo otras experiencias nos permiten sugerir algunas estrategias:

- a) Formación del profesorado con más capacidad e interés para comprometerse con la educación mediática.
- b) Actuación de los centros de Profesorado con cursos, materiales, preparación de actividades...
- c) Estudio de planes, de programas adaptados a cada centro.
- d) Introducción en los planes de estudio de asignaturas dedicadas a la educación mediática.
- e) Creación de *centros piloto* con la intención de que a partir de ellos se vea posible y se generalice la educación mediática

Pero, en quinto lugar, es forzoso poner en relación el plano ideal-normativo con el real. Hasta ahora nos hemos movido en el *deber ser*; y está bien que nos lo hayamos planteado como esa meta deseable a la que aspirar. Ahora bien, es imprescindible tomar tierra y contar con la realidad de los centros y el profesorado. Y, por supuesto, estudiar cómo pasar de la situación actual a la que consideramos deseable.

Y si no queremos autoengañarnos, lo primero a tener en cuenta sería la frase que se atribuye a David Hume (1711-1776): *Toda afirmación general, incluso ésta, es falsa*. Reconozcamos que no existe "el profesorado", que son maestras y maestros, profesores y profesoras. Y cada una y cada uno con sus peculiaridades y circunstancias. Entre ellas y ellos encontraremos, en diferentes grados, las



actitudes que ya analizó Umberto Eco en 1965 en su obra *Apocalípticos e integrados ante la cultura de masas*. Y es que una nueva cultura como la de los nuevos medios provoca, especialmente en el mundo académico y en los responsables educativos, quienes la rechazarán como un peligro hacia lo que consideran como más auténtico y selecto de su cultura, aquella en la que han crecido y que se ha convertido para ellos como una segunda piel, y quienes la abrazarán por creer que sólo beneficios se derivarán de ella. Y está claro que los necesitamos a todos y a todas a fin de que un centro educativo no se convierta en un conjunto de *penelopes* de forma que unos deshagan lo que tejen otros. También habrá que insistir en que ni lo uno ni lo otro, que un medio no es el mal sin mezcla de bien, ni el bien sin mezcla de mal. Al margen de actitudes personales, la educación escolar en medios tiene como misión incorporar los medios como objeto de estudio y conocimiento, proponerse aprender a interrogarse sobre las representaciones del mundo que transmiten los medios, con la finalidad de comprender la forma en que damos sentido a la realidad y el modo en que los medios le dotan de un significado pensando en nosotros, sus receptores. Y para conseguirlo necesitamos a todos y a todas, no sólo a quienes ya están convencidos e ilusionados.

Por eso lo segundo sería conocer la disposición, el estado de ánimo del profesorado. Tengo la impresión de que entre el profesorado hay demasiado desánimo, cansancio, desorientación, sentimiento de no sentirse comprendido ni valorado... ¿Con razón? ¿Sin razón? Se podría discutir. Sin embargo, posiblemente lo más inteligente sea aceptarlo, comprenderlo porque a partir de ahí será más fácil contribuir a superarlo. Y para ello, más que preguntarnos por las *razones*, tendríamos que preguntarnos por los *motivos* que hemos de interpretar a partir de cómo los percibe, siente, vive –justificadamente o no-- el profesorado. Entre esos motivos están las dificultades que en las circunstancias actuales se añaden a la tarea escolar. En un tiempo relativamente breve ha cambiado la consideración social y la autoridad que poseían el magisterio y el profesorado. Ya no son la debida fuente de conocimientos sino que cualquiera puede encontrar en internet formulaciones aparentemente más completas, mejor presentadas y más actualizadas. Ya no son el centro de la actividad en el aula que ha pasado, en un giro copernicano, al alumnado. Las familias tienden a ser indulgentes con sus hijos y desconfiadas y exigentes con el profesorado. Hay una sensación de verse solos frente a una tarea que parece previamente condenada al fracaso.

Hace sólo unas décadas la sociedad parecía cimentada en unos valores que, a pesar de que en muchos casos no resistirían un análisis profundo, permitían a los centros educativos trabajar apoyados en unos presupuestos indiscutidos. Hoy, filósofos y sociólogos señalan como características de nuestro tiempo la incertidumbre, la sensación de fluidez en la que no hay nada sólido, la



inestabilidad radical por la ausencia o la disolución de marcos, el individualismo, la indiferencia, la incomunicación, el aislamiento. Y reconozcamos que no es fácil educar sin un mínimo de referentes sólidos y mayoritariamente reconocidos.

Con todo, una de las mayores dificultades para introducir innovaciones en los centros como la que supondría la generalización de la alfabetización mediática está en la actuación de los tres grupos de actores que intervendríamos en esta tarea. En primer lugar, están las autoridades políticas y administrativas. Su labor en una democracia es imprescindible. Los centros no son del profesorado, de los escolares, de las familias; los centros son de la sociedad y corresponde a sus legítimos representantes exigir el mejor servicio de los mismos a la sociedad que los ha erigido y los sostiene. En segundo lugar están los estudiosos y expertos que aportan reflexiones, críticas, interpretaciones, propuestas. Y desde luego su papel es de enorme valor en orden a una mejora de la labor de los centros. Finalmente está el profesorado que es de hecho quien actúa en los centros y quien deberá poner en práctica las propuestas de los estudiosos y las decisiones de los políticos. El problema está en que piensen que no se les tiene en cuenta, que desde fuera se les dicta lo que han de hacer como si fueran meros instrumentos materiales incapaces de pensar y querer. Y si entienden que desde fuera, verticalmente, se decide lo que ellos deben hacer es fácil que su renuencia y falta de interés en esas innovaciones termine por condenarlas al fracaso.

Se diría que la descripción de este panorama nos llevaría inexorablemente al pesimismo, al diagnóstico de aquel historiador romano: *ya no podemos soportar los males ni sus remedios*. Sin embargo, no estaríamos en la educación si nos faltase esperanza. Para ello es necesario que reconozcamos que no estamos ante una derrota definitiva sino ante un *desafío*. Lo propio de los seres humanos es que somos capaces de comprometernos con el presente y lograr formas de vida nuevas ante nuevas exigencias. Y precisamente las dificultades actuales son las que están ya –y cada vez estarán más– empujando al profesorado a buscar nuevas formas de relación con el alumnado, a aceptarlo como sujeto –y no como objeto– de su aprendizaje y educación, a indagar mejoras a partir de la imaginación y la innovación y no a experimentar nuevos fracasos y decepciones frutos de la repetición de viejas fórmulas por mucho que hayan sido exitosas en otros tiempos. Pero para ello tenemos que ser los primeros en valorar al profesorado y hacer que se sienta depositario de nuestra confianza. De ningún modo tiene sentido elogiar la importancia de su misión y reclamarle actitudes innovadoras si luego desconfiamos de él, le decimos desde fuera de su aula y de su centro lo que tiene que hacer en ellos y aumentamos los controles burocráticos sobre su actuación.

